

CAPITULO XIX.

LA ULTIMA CENA

Al fin voy á tocar un episodio digno, por mil títulos, de la admiración y respeto de todos los que nos preciamos de hijos de Jesucristo.

¡Episodio grandioso! en el cual Jesucristo impulsado por una caridad ardiente, y obedeciendo solo á los impulsos de su amor inmenso hácia la humanidad, instituye la mas admirable y sublime de todas sus instituciones, cual fué el sacramento de la Santa Eucaristía.

Cuando contemplamos á Jesucristo dándose por alimento á las almas, no sabemos qué admirar mas, si su grande humildad ó la inmensidad de su amor hácia nosotros. Así es en efecto.

Mirando á Jesucristo en el apoteosis de su divina grandeza, nos parece como imposible que un Dios, cuyo alcázar es el cielo, que tiene por peana el firmamento, cuyo poder no tiene límites, que lo abarca todo desde lo pasado hasta lo venidero y á quien sirven escuadrones de ángeles; nos parece imposible, repito, que se humillara tanto por amor al hombre.

Y sin embargo, y á pesar de su grandeza in-

comprendible, porque somos muy ignorantes para comprenderla, indefinible porque somos muy pequeños para definirla, inmensa porque no tiene principio ni fin; le tenemos continuamente, de dia y de noche en el Santísimo Sacramento del Altar; no en apariencia sino real y verdaderamente.

Jesucristo en la última cena que celebró con sus Apóstoles, quiso, antes de separarse de ellos, dejarles una prenda notoria de inestimable precio; una prenda que les recordase siempre su amor ardiente.

¿Y qué prenda de mas precio podia dejarles que la sustancia purísima de su purísimo Ser?

Al bendecir el pan y el vino, que en esa memorable noche dió á sus Apóstoles, su corazón abrasado en llamas de infinita caridad, solo vió la necesidad que teníamos de vivir unidos á El, de tenerle cerca de nosotros; y lleno de amor consumió el misterio santísimo de la Eucaristía.

¡Misterio que no somos capaces de comprender!

¡Misterio que veneran los ángeles doblando sus alillas y sin osar ni aun levantar los ojos!

¡Misterio, en fin, por medio del cual somos alimentados durante nuestra peregrinacion por este valle de lágrimas;

SUPLICA

¡Oh Jesus sacramentado! Jesus divino, que continuamente te hallas dispuesto á recibir al peca-

dor que se acerca á Tí; Médico celestial de la humanidad doliente; Padre amoroso y tierno á quien nunca clamamos en vano; haz que nuestro corazón agradecido á tantas finezas viva en Tí, y no desee mas alimento que el de tu cuerpo sacratísimo, ni mas agua que calme su sed, que esa sangre preciosísima derramada por nuestras culpas en el árbol de la cruz. Amén.



Solo y desamparado allí se mira
Sus discípulos Juan, Santiago y Pedro
Duermen tranquilos junto al pie de un cedro
Y al mirarlos Jesús se mira y suspira

CANTO XLII.

LA ORACION DEL HUERTO.

La blanca luna desde el cielo besa
De los olivos el penacho oscuro,
Y la paloma sobre el alto muro
Inclina soñolienta la cabeza.

Derraman las estrellas á millares
Sus torrentes de luz sobre las selvas,
Y suspiran las bellas madre selvas
De la paja en los blandos espigares.

En un huerto apartado y solitario,
En medio de las blancas amapolas,
Orando está Jesús, orando á solas,
Pensando en los horrores del Calvario.

Serena está la noche, el viento en calma:
Corren las aguas del Cedron tranquilas;
Mas de Jesús se nublan las pupilas
Y desfallece de tristeza su alma.

En copioso sudor el suelo riega,
El dolor en su frente se adivina,
Los ojos garzos á la tierra inclina,
Y tres veces su cuerpo se doblega,

Solo y desamparado allí se mira,
Sus discípulos Juan, Santiago y Pedro
Duermen tranquilos junto al pié de un cedro,
Y al mirarlos Jesús, ¡gime y suspira!

Dos veces les despierta cariñoso,
"Velad y orad, les dice con dulzura,
"Mi alma está triste y llena de amargura,
"¡Hasta la muerte encontrará reposo!"

Se arrodilla otra vez, de nuevo observa
El sangriento episodio de su muerte;
Y sangre pura de su cuerpo vierte,
Y sin aliento cae sobre la yerba.

"¡Padre! dice, con voz triste y sombría,
"El cáliz del dolor de mí retira,
"De tu Hijo amado los tormentos mira.....
"¡Mas, haz tu voluntad, no hagas la mía!"

La blanca luna cae sobre su frente,
Tiembla su cuerpo, defallece su alma:
El silencio es letal; ¡aquella calma
Solo la turba el ruido del torrente!

Si el Padre celestial no sostuviera
Con su inmenso peder que no halla nombre,
El terrible dolor del Dios hecho hombre,
El Hijo de aquel Padre allí muriera.

Los olivos se inclinan doloridos,
Se entrecierran las rosas de aquel huerto; Y

Se estremecen las aguas del Mar Muerto,
Y los ángeles lloran conmovidos.

Jehová de su Hijo al contemplar la pena
Hace bajar un ángel de alba ropa,
Quien al mostrarle la brillante copa,
De fortaleza en su dolor le llena.

En una blanca y vaporosa nube
Que la luna plateando va en su giro,
Al alejarse el ángel, da un suspiro,
Y á los pies de Jehová llorando sube.

Y Jesús de la tierra se levanta,
Al cielo eleva su preciosa frente;
Y las risueñas brisas del torrente
Besan estremecidas su garganta.

